



BOLETIN DEL CLERO

DEL

Obispado de León.

RECTIFICACION.

En la lista de los alumnos de este Seminario que obtuvieron la nota de sobresalientes en los exámenes del curso anterior, se omitió involuntariamente á D. Mateo Roldan, cursante de cuarto año de Teología.

RECIENTE CONVERSION DEL REY DEL TIGRIS Y DEL SIMEN EN ETIOPIA.

¡GLORIA A DIOS!

Segun vemos en una carta

de Roma, fechada el 8 de Marzo, el 25 de Febrero fueron á depositar á los pies de Su Santidad, el príncipe Gheorges, el sacerdote Emnaton y un jóven, compañero del príncipe, todos tres abissinios, acompañados de su intérprete D. José Saneto, la abjuracion de Negusia, Rey del Tigris y del Simen, en Abissinia. Esta es la primera vez que un soberano etíope consuma semejante acto solemne de fé católica y de devocion hácia el Vicario de Jesucristo: porque Susenios, que en 1523 se convirtió al catolicismo, se limitó á entregar su profesion en manos del reve-

rendo P. Paez, con encargo de que la mandase á Roma.

El autor de la carta, testigo de este solemne acto, encarece la impresion que el hecho ha producido en las personas de la familia pontificia, así como los tiernos pormenores de la entrevista de los enviados con el Padre Santo.

Después de varias preguntas sobre la salud del Rey, la de Mons. de Jacobi misionero apostólico en la Abissinia, sobre sus nombres, viajes etc. etc. preguntas á las que respondian los enviados con deferencia y dignidad, prosternándose de nuevo Abba Emnaton, pronunció en lengua amharica las siguientes palabras, que el intérprete iba traduciendo al italiano.

«Santidad: Negusia, nuestro Sr., Rey del Tigris y del Simen, nos envia á tu Beatitud, para depositar á tus sagrados pies el acta escrita, sellada con su sello real, y por la cual abjura la heregía, se adhiere con toda su alma y su espíritu á los

dogmas católicos, y hace obediencia y sumision á tí, Santísimo, verdadero Sucesor de Pedro y Vicario de Jesucristo. Nuestro señor desea que, en testimonio eterno de su fé, el acta de su abjuracion se grave sobre piedra, y sea colocada en la gran Iglesia de San Pedro. Negusia me manda tambien que bese en su nombre y por él tu santo pié, y que implore de tu Paternidad dichosa la bendicion apostólica, y la proteccion para el Rey y todo su pueblo.»

Desatando entonces de su cuello una bolsa de seda, Emnaton entregó al Padre Santo el escrito de su señor.

«Pio IX, con los brazos estendidos, los ojos humedecidos, por lágrimas de ternura, parecia escuchar mas bien la voz de Dios que la mia, referia el intérprete. Su aspecto es comunmente tan dulce, su sonrisa tan inefable, que nadie puede resistir á tal encanto; pero en aquel instante, bien fuese que pensase el buen Pastor del Evan-

gelio que encuentra la oveja perdida, ó en el padre de familia que estrecha contra su corazón al hijo pródigo, ó sea que el Vicario de Jesucristo conversase con el mismo Dios. Pio IX estaba sublime. Su actitud era la del estasis. Oró durante algunos momentos y después exclamó, bajando sus ojos hácia nosotros: *¡Dios os bendiga, hijos míos! ¡Dios bendiga á vuestro Rey! ¡Dios bendiga vuestra Etiopía que es mía también! Dad gracias á Dios por el don admirable de la Fé, que os ha hecho en Jesucristo su hijo. ¡Ah, queridos hijos míos! Yo oraré por vosotros con toda mi alma, porque este es el auxilio sacerdotal que puedo daros. Dios vendrá en vuestra ayuda, y terminará en vosotros la obra que ha comenzado.»*

Los buenos etíopes parecían también llenos de admiración, y recibieron con señales de gratitud extrema los regalos que Pio IX se dignó entregarles antes de despedirlos.

El paso solemne del Rey

de Negusia ha venido á colmar de consuelo y esperanzas el corazón de los católicos. La Etiopía es un gran imperio en el que infinitas almas siguen ya el ejemplo del soberano y abjurando la herejía. El reinado de Jesucristo va á florecer en aquel suelo, y á devolverle quizás el brillo y la civilización de los primeros tiempos, cuyo recuerdo se encuentra vagamente en las inscripciones descifradas por el Sr. Sapeto. Las declamaciones insensatas de los hombres contra la Santa Sede, pasan como nubes, y no oscurecen la antorcha confiada eternamente á sus manos; y si tantos blancos cierran en Europa sus ojos á la luz, el Africa se halla á estas horas poblada de negros que la reciben.

GUERRA DE ITALIA.

El 23 de Junio pasaron el Mincio los Austriacos avanzando como tres leguas en busca

de los aliados á quienes presentaron una gran batalla que empezó muy de madrugada el 24 en las cercanías de Pozzolongo, Solferino y Cabriana, poniendo la noche fin á aquel horrible combate, en el que ambos ejércitos tuvieron grandes pérdidas. Quedó el campo por los aliados; pero el ejército austriaco repasó el Mincio, volviendo á sus atrincheramientos, sin ser molestado en su retirada. Posteriormente los aliados han pasado también el Mincio.

Hé aquí lo que se lee en el parte oficial de los aliados respecto á aquella sangrienta lucha:

«Las pérdidas del ejército sardo en estos encuentros fueron muy considerables, teniendo 49 oficiales muertos, 177 heridos, 642 hombres muertos, 3,405 heridos y 1,258 estraviados. En poder del ejército real quedaron 5 cañones, como trofeo de la sangrienta victoria que habían conseguido contra un enemigo superior en número. Las pérdidas del ejército

francés son 12,000 hombres muertos y heridos, 720 oficiales fuera de combate, entre los que se cuentan 150 muertos, 7 coroneles y 6 tenientes coroneles han muerto también.

Las pérdidas austriacas no pueden evaluarse, pero á juzgar por el número de muertos y heridos que han abandonado en un campo de batalla que tiene cinco leguas de frente, deben ser considerabilísimas. En nuestro poder han quedado 30 piezas de artillería, gran número de cajas, 4 banderas y 6,000 prisioneros. La resistencia del enemigo durante diez y seis horas se explica por la ventaja que le daban la superioridad numérica y las posiciones casi inespugnables que ocupaba.

Por la primera vez, las tropas austriacas combaten á la vista de su soberano, y la presencia de dos emperadores y un rey, dando á la lucha más encarnizamiento, la hacía más decisiva.

A las nueve se oía aun á lo lejos el fuego de cañon que

precipitaba la refirada enemiga, mientras que nuestras tropas encendian los fuegos del campamento sobre un campo de batalla que habian conquistado tan gloriosamente.

Segun las últimas noticias, el ejército austriaco, desalentado con esta jornada, no piensa defender el paso del rio y se retira hácia Verona.

Describiendo la tempestad que estallo durante la batalla de Solferino, dice un soldado francés que escribia la misma noche del 24: «Al estampido del cañon y al estruendo de la fusilería, que no habia cesado un instante durante diez horas consecutivas, ha sucedido de pronto la formidable voz del trueno, y al fuego y á la luz de la pólvora, el deslumbrante fulgor de los relámpagos que sin interrupcion alumbraban el cielo sombrío y el fuego del rayo estallando por todas partes. Torrentes de granizo y de lluvia, impelidos por

un viento terrible, nos azotaban por la espalda, y el ejército austriaco recibia por el contrario el huracan en el rostro. ¿No podria sacarse un notable pronóstico de este hecho? El huracan y el trueno ¿no eran la voz de Dios que gritaba á los dos ejércitos: cesad de combatir? Apenas se estinguia la voz de Dios cuando el combate continuaba con encarnizamiento.

EJERCICIOS. ESPIRITUALES

del Clero de esta Diócesis.

En el dia 1.º del corriente dieron principio los ejercicios espirituales dispuestos por nuestro dignísimo Prelado en su piadosa circular de 8 de Mayo último. Hemos tenido el consuelo de ver cuán presurosos han acudido los párrocos del obispado al llamamiento de su Pastor, habiendo concurrido mas de ciento en este primer turno, sin contar algunos Sres. Capitulares, varios párrocos Ca-

tedráticos del Seminario y otros eclesiásticos de la ciudad, que sin ser espresamente llamados, han suplicado ser admitidos, deseosos de recoger cuanto antes los preciosos frutos de estos ejercicios.

Nada diremos sobre la excelencia de los ejercicios espirituales, ni tampoco sobre la utilidad, mejor dicho, la necesidad que de ellos tienen todos los ministros del Señor, y muy especialmente los que ejercen el peligrosísimo cargo de la cura de almas; porque cuanto pudiéramos esponer acerca de estos puntos, se halla comprendido concisa y sábiamente en la circular de nuestro Prelado.

Enderezados los ejercicios espirituales á disponer el alma para que libre de todo afecto desordenado, busque y halle la voluntad del Señor y el mejor modo de servirle; es indudable que despues de la gracia divina á la que principalmente se debe todo fruto bueno, tiene gran influencia el método que se observe en dirigir los ejerci-

cios. Porque poco importa, dice el P. Calatayud, que una espada sea preciosa y fina, si no hay ánimo y destreza para manejarla. Del mismo modo los ejercicios que vienen á ser una espada de dos filos para cortar los malos hábitos deben ser dirigidos con destreza y sabiduría, por quienes reunan la práctica á la virtud. Por eso se apresuró nuestro piadosísimo Prelado á invitar á este efecto á los hijos de San Ignacio, que el Señor ha establecido entre nosotros, para que bendigamos mas y mas sus misericordias. Al santo fundador de la compañía de Jesus, reveló Dios la santa industria y práctica de los ejercicios espirituales que tan preciosos frutos han producido en todas las naciones católicas; quiénes, pues, serán mas apropósito para secundar en esta parte los designios del Señor, que los hijos de Loyola tan llenos de la verdadera sabiduría del Cielo, la cual *non invenitur in terra suaviter viventium.*

Encargáronse de dirigir los ejercicios los PP. Maruri y Lobo, que saben conmover admirablemente el corazón. Hé aquí el reglamento y distribución de horas.

Reglamento y distribución de horas para los ejercicios espirituales del clero de esta

Diócesis.

POR LA MAÑANA.

A las seis, levantarse.

De seis y media á ocho, meditación y oír misa.

A las ocho, desayuno en comunidad.

A las nueve, horas canónicas en la capilla.

De nueve y media á once, lectura espiritual y meditación.

A las once, tiempo libre y retiro en los cuartos.

A las doce menos cuarto, examen de conciencia.

A las doce, comida y descanso.

POR LA TARDE.

A las tres, vísperas y completas.

A las cuatro, conferencia.

A las cinco, maitines y laudes.

De seis menos cuarto á las siete, refresco y tiempo libre

de recreo en los tránsitos y patios.

De siete á nueve, lectura, meditación, *miserere* y Rosario.

A las nueve, cena.

A las diez menos cuarto, examen de conciencia.

A las diez, acostarse.

Podrá parecer á algunos que son demasiadas las horas que se señalan; pero la misma variedad de los ejercicios, hace que sean divertidos y llevaderos, y se impide así que se evapore y pierda en la ociosidad el fuego santo del amor divino que los ejercitantes adquieren en las prácticas piadosas. Además es tan hermoso todo lo que en aquellas horas se oye y se medita, que el espíritu está dulcemente arrobado y el tiempo corre insensiblemente. No se crea tampoco que todo el tiempo destinado á la meditación se pasa de rodillas; pues durante la plática

de mas de media hora en la que se exponen los puntos de la meditacion, los ejercitantes están sentados, y aun suelen tomar tambien esta postura mientras se hace el exámen de la misma meditacion, dirigido por el mismo P. que desempeña la plática. La lectura espiritual recae sobre la materia de la plática y de la meditacion; mientras que la conferencia de la tarde versa acerca de los principales deberes del sacerdote y del párroco. Muchas cosas escelentes se aprenden ó se recuerdan en las conferencias. Aunque los asuntos de estas y el estilo son mas propios de una cátedra, se verifican tambien en la capilla del Seminario, como los demás ejercicios, por ser mayor aquel local que el de una cátedra.

En la primera reunion preparatoria que tuvieron los ejercitantes el 30 de Junio por la noche en la capilla del Seminario, nuestro dignísimo Prelado les dirigió una piadosa exhortacion escuchada con vivo interés, co-

mo todo lo que sale de los labios de tan querido Pastor. Él ha dado tambien un hermoso ejemplo, asistiendo por mañana y tarde á los ejercicios, celebrando asimismo todos los dias el Santo Sacrificio de la misa, y dirigiendo por la noche el miserere y el rosario.

Es de notar que los ejercicios empezaron bajo la impresion que habia producido en los ánimos uno de esos sucesos que el Señor pone á nuestra vista para que entremos en cuentas con nosotros mismos pensando seriamente en la inestabilidad de nuestra vida y en la eternidad feliz ó desgraciada que nos espera en la otra. En el mismo dia que los ejercitantes entraron en el Seminario se verificaba en esta ciudad el entierro de un compañero en el sacerdocio á quien habia sorprendido de improviso la muerte, como el ladron que asalta una casa sin anuncio, ni aviso, segun la comparacion del Evangelio. Aquel sacerdote se sentía completamen-

te bueno, habia celebrado y ocupádose en las cosas ordinarias de su cargo: apuraba con instancias que le llevasen un caldo porque iban á dar las once, hora en que pensaba salir de casa; pero cuando sonaba aquella hora ya estaba en la eternidad. Llevar su mano á la frente y caer al suelo sin pulsacion, sin aliento y sin vida, fué todo cosa de un instante. No hubo necesidad de aplicar aquellos remedios que, por hacer algo, se usan en los accidentes fulminantes; porque los que viendo caer al sacerdote corrieron á levantarlo, solo levantaron un cadáver. Una muerte tan terrible acaecida en un sacerdote en el mismo dia en que daban principio los ejercicios espirituales tenia mucho de providencial, para que pudiese ser mirada con fria indiferencia. Roguemos á Dios por el alma de nuestro compañero, y aprovechémonos al mismo tiempo de este elocuente aviso del cielo para desempeñar con santo celo nuestros deberes, sin

despreciar ni dejar que se debilite la gracia sacerdotal que hemos recibido por la imposición de manos, conforme al encargo del Apóstol: *Noli negligere gratiam, quæ est in te; quæ data est tibi cum impositione manuum presbiterii* 1.^a ad Tim. c. 4. v. 14.

Como saben ya nuestros lectores los ejercitantes han estado los ocho dias dentro del Seminario, pues con las mejoras que se han hecho en el edificio en estos últimos años por disposición del Sr. Obispo, tiene hoy mas de cien cuartos con buenas condiciones de salubridad. Sin embargo, los párrocos y sacerdotes de los pueblos ocuparon todas las habitaciones, siendo por lo mismo preciso que los de la ciudad asistieran á los ejercicios desde sus casas; pero han guardado como los ejercitantes internos el mayor retiro posible, sin salir mas que á la Iglesia, y privándose de paseos y hasta de las visitas de sus deudos ó parientes. En el silencio y en el retiro es donde

se renuevan el fervor y las santas disposiciones para el buen desempeño de nuestro elevado Ministerio.

Por lo demás los ejercitantes internos han tenido en el Seminario una asistencia esmerada y una comida muy superior á la que tienen en sus pobres casas. Se puede calcular que un trato igual en cualquiera posada importaria doble de los seis reales diarios que han satisfecho por razon de gastos. Por otra parte, el celo y bondad del digno Rector del Seminario ganaron desde el primer dia el aprecio y simpatías de todos los ejercitantes, que están asimismo muy agradecidos á las atenciones y deferencias de los Catedráticos. No hacemos estos elogios impulsados por el sentimiento de la amistad, sino cediendo á los ruegos de todos los ejercitantes á quienes no hemos podido menos de complacer comunicando á los demás eclesiásticos del Obispado este testimonio de su gratitud.

En estos santos ejercicios no se establecen ayunos, ni otras obras de penitencia que se dejan á la voluntad de cada uno: ni podia ser otra cosa

cuando un gran número de los ejercitantes son ancianos y achaquientos. Por otra parte todos pueden merecer mucho con el retiro, con el silencio, con la mortificacion de los sentidos, con la meditacion, con los santos propósitos y demas piadosas prácticas en que se ocupan los ejercitantes.

Por conclusion digamos algo de la que tuvieron los ejercicios. Terminados estos el dia 8, se destinó el siguiente para la comunión general en la Iglesia de Santa Marina, como mas capaz para que aquel solemnísimo acto se verificase con el debido orden. A las 6 de la mañana salieron los ejercitantes de la capilla en procesion cantando la Letanía de Nuestra Señora: el Sr. Rector vestía la capa pluvial, cerraban ambas filas los Sres. Lectoral y Magistral de esta Santa Iglesia, y presidia el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo acompañado de los dos PP. Jesuitas. Llegada la procesion á la Iglesia de Santa Marina el Prelado celebró el Santo Sacrificio de la Misa distribuyendo el pan de los Angeles á todos los ejercitantes. Despues de la Misa S. E. I. vestido de Pontifical recibió la renovacion

de la promesa de la sagrada ordenacion que individualmente hicieron los ejercitantes, que se despedian del Prelado cambiando con él un mútuo ósculo de paz, cuyo interesante acto veian tambien con enternecimiento los fieles que habian concurrido al templo. El mismo Prelado dirigió en seguida una exhortacion llena de ideas tan elevadas como piadosas y nutrida de excelentes avisos á los sacerdotes sobre la bondad, la disciplina y la ciencia tan necesarias para el buen desempeño de las funciones de nuestro santo ministerio. Ocurrió al empezar S. E. I. su exhortacion una circunstancia que revela bien el respetuoso amor que el Clero profesa á tan digno Pastor. Como no era posible oír á S. E. I. en toda la extension que tenian las dos filas de los ejercitantes, á pesar de que era aquella la ocasion de descansar en los bancos de la postura de rodillas en que hasta entonces se habia estado; todos se levantaron á la vez movidos de un mismo impulso, agrupándose de rodillas casi unos encima de otros, lo mas próximos posible al Prelado, á fin de no perder ninguna de

sus palabras llenas de santo fuego y edificante uncion. Despues se cantó el *Te-Deum* en la misma Iglesia, y los Salmos *Beati immaculati in via* y siguientes mientras la procesion regresaba al Seminario. De la capilla de éste se pasó á tomar el desayuno al refectorio, á cuyo acto tambien se dignó asistir S. E. I. Concluido el desayuno el Sr. Arcipreste de Mayorga se levantó á manifestar á S. E. I. en nombre de todos los ejercitantes, los sentimientos de adhesion y de amor á que se veian cada vez mas obligados hácia su celoso Prelado, y lo hizo en estos términos.

(1) «Excmo. é Ilmo. Sr.:—Las palabras tiernas y elocuentes que V. E. I. acaba de dirigirnos en el templo mas bien se sienten que se contestan. Os deben mucho el Clero y los pueblos que el Todopoderoso ha encomendado á vuestro cuidado: admiran vuestro acierto y bendicen vuestra paternal solicitud. Mas el gran pensamiento á cuya realizacion nos debe la satisfaccion de responder los primeros raya en mayor altura que todos nuestros elogios. Por él rendimos

gracias á Dios que os le ha inspirado, y á vos que por medios tan dulces le llevais á cabo. Llevamos impresa, Excmo. Señor, pero impresa de un modo indeleble, la imágen de vuestro fervor y de vuestra puntual asistencia, que nos ha dado aliento animoso en la práctica de los ejercicios espirituales. Resuenan aun en nuestros oídos, y mas todavía en nuestro corazón, las palabras de unción y sabiduría de los PP. Directores, y durará siempre en nosotros la gratitud á las atenciones esmeradas, á la amabilidad y finura que debemos al modesto Rector de esta Santa casa, donde nos habeis concedido retirado albergue. (1)

Que sean, Excmo. Sr., que sean y que vos veais recoger los frutos tan abundantes que esperais y esperamos. Que á vos, á los Padres de la Compañía y al Rector de este Seminario bendiga el cielo en la continuación de las tareas anejas á tan santa empresa, para que nuestros hermanos necesitados

(1) A su vez el Sr. Rector está sumamente satisfecho del excelente comportamiento que han observado los ejercitantes, que parecían hermanos de una querida familia.

(Nota de la redacción.)

hallen en su día como nosotros hallamos ya la paz del corazón, y los pueblos la reforma saludable que os habeis propuesto.

Dígnese V. E. I. conceder su apostólica bendición y ósculo de su anillo pastoral á estos sus humildes súbditos en señal del profundo respeto que le profesamos, y permiso para regresar á sus parroquias. El bondadoso Prelado contestó congratulándose de los buenos sentimientos de su clero, y despues de elogiar el celo y acierto con que los PP. Jesuitas habian dirigido los ejercicios dió á besar su pastoral anillo á los ejercitantes dirigiéndoles palabras afectuosas.

Así concluyeron estos ejercicios espirituales dejando en el corazón de todos un abundante manantial de santo amor, de santos propósitos y de santo celo por la salvacion de las almas. Todavía faltan dos turnos en este año: venid, queridos hermanos en J. C., *gustate et videte*: que si alguno tuviere pocas ganas de venir, menos las tendrá despues para marchar.